

Jedrt
Lapuh Maležič

Mentales pesados

*Traducción de
Marjeta Drobnič*

*Corrector de estilo
Santiago Martín*

*Estudio de
Matej Bogataj*

DRUŠTVO SLOVENSКИH PISATELJEV
SLOVENE WRITERS' ASSOCIATION

LJUBLJANA 2021

Jedrt Lapuh Maležič: Mentales pesados
Título original: Težkomentalci

© *Asociación de Escritores Eslovenos (DSP) 2021*

Traducción
Marjeta Drobnič

Editoras de Litterae Slovenicae
Tina Kozin, Tanja Petrič

Editora de esta edición
Tina Kozin

Corrector de estilo
Santiago Martín

Diseño
Jakob Bekš for Studio Signum d. o. o.

Maquetación e imprenta
Ulčakar grafika d. o. o.

Editado por
Asociación de Escritores Eslovenos (DSP), Ljubljana
representada por su Presidente Dušan Merc

Tirada 500

Ljubljana 2021

<https://litteraeslovenicae.si/>

CIP - Kataložni zapis o publikaciji
Narodna in univerzitetna knjižnica, Ljubljana

821.163.6-32

LAPUH Maležič, Jedrt

Mentales pesados / Jedrt Lapuh Maležič ; traducción de Marjeta Drobnič ; corrector de estilo Santiago Martín ; estudio de Matej Bogataj. - Ljubljana : Društvo slovenskih pisateljev = Slovene Writers' Association, 2021. - (Litterae Slovenicae : Slovenian literary magazine ; 2021, 151)

Prevod dela: Težkomentalci
ISBN 978-961-6995-82-5
COBISS.SI-ID 81400323

Índice

Dicen que está chalada	9
Sociedad de responsabilidad limitada	16
La nuestra no	23
Envidia por el pintalabios	28
Habéis perdido un hombre	35
¿Dónde lo pone?	43
Pastores de almas	49
¿Me reconozco?	54
Metamundo bajo control	60
El blanco irisado	64
La nacra emitiendo sonidos desde el fondo fangoso	69
No lo tomen a mal	78
El señor doctor está escribiendo doctorado	86
Michael Jackson, simplemente, quería a los niños	93
El ave sin alas	100
Ellos también tienen rostros	107
Con las piernas cruzadas	118
O sea que estamos aquí por esto	123
Me importaba un pepino	130
El mundo entero es un pasillo	140
¡Esto es el colmo!	153
<i>Matej Bogataj</i>	
Cuando aún no sabes lo que te espera	157
<i>Litteræ Slovenicæ 1991–2020</i>	173

*A Suzana,
por haberme dado el valor
para ir, pasito a pasito,
al encuentro con lo auténtico.*

Dicen que está chalada

“A ver si me lleva alguien, ¿vale?”

“No, Amber, dígamelo ahora mismo. Si la lectura rápida no le interesa, podré asumir perfectamente que usted no quiere asistir al curso gratuito.”

Como las comisuras de mis labios ya van retorciéndose y noto que estoy a punto de sentir un arranque de llanto, ataco directamente el auricular de la vieja charlatana: “¡¿Pero que os pasa a todos?! Que no tengo quien me lleve, ni siquiera eso. Aquí estoy, en este puto barrio de Moste, me he quedado atrancada en las terapias. ¿Qué os creéis? ¿Que puedo ir a caballo hasta Črnuče? Me joden por delante y por detrás y ahora usted me reprocha que soy una desagrade...” Mi voz se quiebra casi como mi cuerpo. Estoy harta de todos los sitiadores que quieren ayudarme, y yo no soy capaz de responder. Sin embargo, no cuelgo.

“Venga. Concéntrese, respire. Cuente hasta diez y cuente hacia atrás, y nosotros la recogeremos cuando encontremos a alguien que la lleve. A lo mejor no le quedará otra que venir con nuestra Serafina. De alguna forma... le *endosaremos* este encargo a ella.”

Insensible al tono familiar de la señora Cjuha, pulso desesperada la tecla con el auricular rojo porque lo de Serafina me suena una opción demasiado arriesgada. Es una mujer con un nombre descabellado y con cardenales en los brazos. Permanentes. Dicen que los obtuvo en el psiquiátrico de Polje. Dicen que le sirven de advertencia, lo más probable de advertencia para ella misma. Le tengo miedo, dicen que está chalada. Pero tiene unos bonitos ojos azules. La señora Cjuha dice que, en los cursos de lectura rápida, no había enseñado a una criatura tan talentosa como ella. Criatura, dice. Pero tengo un dilema porque aquí, en el hospital de bichos de Moste, mi anfitriona es la institución comprometida a la higiene

mental personal. Si viene a recogerme una criatura como Serafina, mis médicos se erizarán de indignación. Resido aquí por algún tiempo porque estoy reventada. Me terapian. En este momento, ni siquiera a mí me parece muy útil saber leer rápido, por miles de veces que la señora Cjuha quiera meterme en los cursos gratuitos y moverme de acá pa'lla.

Pero cuela. Cjuha les cuenta algún cuento cuando yo no estoy presente. Estas brujas. Nunca sabes si te han alabado o han hablado pestes de ti, pero logran sacarte una tarde entera de la habitación del hospital, después te meten, con todo tu bagaje mental, en un cuatro latas viejo cuyas ventanas no cierran en invierno para dejar entrar la corriente continua del frío idilio invernal. De repente te encuentras al lado de la mensajera que, ante las ramas desnudas de filigrana, te lleva al barrio de Črnuče, al curso gratuito de la lectura rápida bajo hipnosis. Todo se viste de una apariencia tan mística que debajo de tu gorro se enciende una llama luminosa que te traslada a escondidas del Centro de Salud Mental y es ella, no la loca, la que maneja el volante del viejo cuatro latas.

Por qué justo Serafina, le tengo miedo. He decidido preguntarle con indirectas qué hacía en el psiquiátrico de Polje, el nombre que significa “Campo”, y cuánto tiempo pasó allí y cómo eran aquellas criaturas monstruosas y si cree que alguna vez tendrá que volver con ellas.

“Sabes, Serafina, tus cardenales... He estado pensando.”

“Adelante.”

“No quiero ser pesada.”

“Pregúntame qué tal allí.”

Como yo no soy capaz de aglutinar palabras porque me han inculcado el truco llamado consideración, que no tiene mucho que ver con la verdad, continúa ella: “Me quedé allí cuatro meses, cuatro lunas, y no averiguaron nada. No tengo diagnóstico. Pero yo sé qué me pasa. Lo sé, entiendes. Lo tengo claro.”

“¿Y qué te pasa?” Me parece que ya estoy esbozando una sonrisa boba, según mi vieja costumbre aún no saneada, pero solo es la vergüenza y queda a la vista que por eso mis labios están

congelándose de oreja a oreja, aunque puede que sea también por la corriente que hay en el cuatro latas de Serafina. Hasta que no se ha lanzado a hablar, yo no tenía ni idea de que me interesaban tanto sus antecedentes psicóticos. Ahora me lo va a aclarar, ahora mismo, después de girar en el cruce en sentido obligatorio. Estoy esperando.

Suspira. “Tengo empatía.”

Claro que en cualquier otra circunstancia soltaría una carcajada, pero ahora siento que va en serio, al filo. Cuando pronuncia su diagnóstico, me parece como si un soplo de primavera atravesara el cuatro latas. “Empatía” es el diagnóstico más místico que había oído.

Me habré quedado mirando a Serafina con los ojos como platos porque, con todo su azul, se da media vuelta hacia la derecha, dejando el volante para apresurarse a explicar con una mueca de displicencia: “Yo me meto en otra persona y la siento. Esto es lo que me pasa.”

No me queda claro por qué, pero en este momento le creo y pillo la idea a la perfección. Tengo la sensación de que no llegaremos al barrio de Crnuče en la misma burbuja cósmica en la que hemos salido. Nada más llegar al paso de desnivel resulta que tengo razón porque parece que Serafina mete la pata saliendo en otra dirección, pero no es por equivocación. Sé que hay algo más importante en el aire, algo que entrevera las líneas de campo y activa las sendas del dragón, de modo que, al instante, nos encontramos viajando por la brecha entre los mundos. En mi cabeza resuena la pregunta matutina de nuestro terapeuta de que si sabíamos que una avalancha de tierra había anegado el pueblo de Log pod Mangartom, lo dijo así, con desenfado, en medio de la terapia, pues acababa de oírlo por la radio. Pero justo las señales interceptadas por inercia forman puentes entre las sinapsis. Pienso en que el doctor seguramente me lo habría referido de una forma muy diferente si supiera que, en Log pod Mangartom, se habían conocido mi padre y su novia. Y aún más diferente habría sonado su noticia si no hubiera hablado conmigo, sino con mi padre. Los matices del significado son

importantes. Saltan a galope las distancias entre los barrios Moste y Črnuče, por no mencionar el barrio de Polje, adonde, en este momento, Serafina encauza su desfigurada tartana. Serafina me asusta. Le tengo miedo.

Ya no habla, pero todo queda dicho. “¿Sufres como una perra?” le pregunto y vuelvo a sentir una sonrisa boba helándose en mis labios.

“No. Aún no me he contagiado de telepatía”, dice y me mira con tanta atención que me parece que, de un momento a otro, soltará el volante y chocará contra el coche de delante. Después solo sonrío: ayayayay, qué inocentona. No tengo ni idea de qué quiere decir con esto. Pero cuando para cerca del Castillo de Fužine, se fija con una mirada seria en mí y en la aflojada ventanilla del coche y abraza el respaldo de mi asiento.

“Tú solo dime y te llevo a tomarnos un café al psiquiátrico. No te quedarás allí, descuida.”

Es atemorizadora. Debajo de ese plumífero de colores y ese gorro con pompón guarda sus cardenales y presume de ellos. No puedo sostener su mirada azul celeste, aunque creo que debería hacerlo, así que empiezo a parpadear para ocultarme tras la máscara que me pongo cuando me parece imprescindible. La máscara de la regularidad, del dominio, la máscara de un desarme tan desarmado que necesita colores de camuflaje. Me imagino que soy una psiquiatra observando a una chalada muy majareta.

Digo: “Nada de cafecitos, tenemos cosas que hacer. Arre, caballito”, digo acariciando el panel de control de su cuatro latas, “vamos a Črnuče, venga, rápido, a ver a la buena de la señora Cjuha, ¡arre, arre!”

Me siento, de verdad, como en un cuento de hadas cuando alcanzamos, después del trayecto colmado de silencio, el edificio comercial con los reunidos participantes del curso. Nadie sabe que soy la única que participo gratis, de modo que evito las conversaciones iniciales sobre el alto precio de la matrícula, y cuando la señora Cjuha me pregunta qué tal, le cuento tan solo que la madre Zora falleció rodeada de sus familiares el día anterior y

que, desafortunadamente, yo no estuve presente, pero que todos siguen oficialmente de luto, de modo que han preferido despa-
charme porque soy la única que sabe que no es para siempre. Soy
consciente de que Serafina, apartada, me escucha con ternura, y la
consideración le impide decir algo. Ella entra en otra persona y la
siente.

El curso transcurre en un rayo nebuloso, nos leemos todos uno
al otro muy rápido y, al final, la señora Cjuha me regaña diciendo
que no he dejado de molestar a los demás. Lo cual me confunde
pues mi cabeza me dice que he estado callada, pero, a lo mejor,
alguna línea de campo no ha parado de parlotear en mi nombre,
a lo mejor he sido yo la que no ha dejado de levantar la mano y
responder sin coherencia, a lo mejor yo sufro la ausencia total de
empatía, a lo mejor he abrazado demasiado a la señora Cjuha al
terminar el curso. “Es muy probable que haya sido Serafina la que
ha estado leyendo todo el tiempo en voz alta porque se ha metido
en mí y me sentía”, digo a modo de explicación cuando la señora
Cjuha me echa vistazos austeros, preguntándome qué murmuro
entre dientes. “No he sido yo”, insisto. “Sabe, es como las nubes, va
y viene, intente no hacerme caso”, me justifico porque me acuerdo
con claridad solo de que han intentado hipnotizarme y conseguir
que lea los libros volando y yo, en vez de hacerlo, me he puesto a
leer los pensamientos. “Has estado hablando por los codos”, dice
Serafina y acaricia mi mejilla. Entonces la agarro por los hombros
exigiendo respuesta: “¿Qué he dicho exactamente?” Es urgente
que lo sepa, ya que es lo único que podré llevarme al *traspasar*.
“Que no podrás sin la estrellita de cuarzo y que querías saltar
la brecha entre las sendas del dragón”, dice. “Todo mezclado, en
fin.” Ella, con sus ojos turbios, me lo dice a mí. Me parece que ha
vuelto a desbarrar, que le habían dado de alta demasiado pronto.
“Tendrás que regresar”, le digo. Asiente como si entendiera, se
mete en mí y me siente.

Da igual a quién he puesto nervioso y qué he dicho. Porque
me parece cada vez más que la realidad está en otra parte. Se fue
y no volverá, y nadie podrá despertar jamás a la mamá Zora, mi

abuela. En el viaje de vuelta al barrio Moste, le digo a Serafina que me lleve a tomarnos ese maldito café de los chalados, si necesita hacerlo. Es lo que le dice mi máscara mientras yo, dentro de mí, suplico que mis recuerdos del tiempo que pasé con mi abuela vuelvan alguna vez. Tal vez ahora no pueda sentirlos, pero alguna vez sí. Alguna vez podré.

El café en el psiquiátrico sabe como cualquier otro café. La gente que se lo está tomando es como otra cualquiera, solo que de aspecto bastante más apijamado, sentada al frío en sus batas de color azul celeste, frotando sus zapatillas verdes contra el asfalto helado. No me toman por una de ellos. Solo estoy de visita y se nota. Serafina finge no conocerlos, pero tengo la sensación de que lo hace por mí, para que no me sienta incómoda. No hay ninguna conspiración, y aunque pienso que le han dado de alta demasiado pronto, y mientras estamos dando una vuelta por aquel minimundo, me doy cuenta de que nunca le tenía miedo de verdad, solo sus ojos me recordaban las batas del hospital que hasta ahora nunca he visto de cerca.

Cuando me deja de vuelta en el barrio Moste, lo primero que hago es llamar a la señora Cjuha.

“Siento haber fastidiado a todos. Le había dicho que estaba reventada.”

“Amber... Usted ha leído muy rápido hoy. Tan rápido que le recomendaría que se tomara un reposo considerable de varios días. ¿Qué diría usted si llamo a su terapeuta de turno y le explico las bases de la recuperación después de una hipnosis?”

“Bueno, qué diría, no diría nada. Diría que he perdido a una persona cercana y que me dejen en paz de una vez para poder estar de luto en lugar de que me lea todo el mundo.”

“Nadie la leerá, querida. Lo prometo.”

Me ha dicho *querida* como si nos conociésemos desde antaño. Me ha dicho *lo prometo* como si fuese una persona cercana. Pero en realidad somos desconocidas como me es desconocida la tarara Serafina que se mete en otras personas y como me fue desconocida mi propia abuela, y seguirá siéndolo. Apenada, pulso

el auricular rojo. Es el día de luto y fuera está nevando, de manera que se borrarán pronto las huellas. Mientras espero el funeral de la familiaridad con el resto del mundo, me da tiempo justo para salir corriendo hacia la blancura, corro y corro a través del *parking* vigilado, dejando de lado la portería, hasta llegar a la calle Zaloška cesta. Recuerdo que no puedo ir a casa, que ahora estoy aquí, en casa no soy bienvenida. La gente espera el tren junto a la vía, lo veo desde lejos al divisar una cola de vehículos y una ambulancia abriéndose paso. Va lento. Su sirena se lamenta asordina y, de repente, comprendo que va a recoger a Serafina, a la pobre chalada. La hospitalizarán otra vez para que no se haga daño. Me atrevería a tirarme a la vía si me picase esa mosca, pero, entonces, ¿quién visitaría en el hospital a la pobre chiquilla, a la que los médicos no saben poner un diagnóstico y que, tarde o temprano, terminará allí?